

IV

Á las tres de la tarde del siguiente día, entraba yo en la modesta casa de Gertrudis.

Ésta y toda su familia, ó más bien las dos familias, habitaban ahora la casa de la herrería; pero á la pequeña habitación que antes ocupaba el herrero, su madre y sus hermanas, se había añadido otra contigua, que hacía una muy grande.

Lo primero que se hallaba al subir la escalera era un descanso pequeño, cuyas dos ventanas—que daban á un patio—tenían por adorno dos grandes macetas.

Pero, ¡qué macetas tan extraordinarias, y qué grandemente llamaban la atención de cuantos las miraban!

Para explicar á mis lectores lo que acabo de decir, que quizá les parecerá incomprendible, debo darles una explicación, y ésta la empezaré asegurándoles que formaban entre sí el más extraño contraste.

La una era de rica y costosa porcelana del Japón, esmaltada, como saben hacerlo los chinos, de pájaros azules, arbustos de oro y pálidas rosas,

entre las cuales se destacaban delicados racimos de nevadas y casi aéreas flores.

Era aquel recipiente—que parecía robado al gabinete de Luis XIV de Francia—grande, cóncavo y alto, asemejándose á un jarrón colosal, de dibujo romano puro y de antigua forma; tenía á cada lado un asa, figuradas ambas por negros racimos de uvas con ramaje verde esmeralda, que bajaban hasta la mitad de su altura.

Aquella preciosa joya—pues era en verdad una joya artística—estaba llena de tierra oscura, y sustentaba en su cavidad un arbusto casi tan precioso como ella.

Era un árbol de camelias, mitad blancas como la nieve, y mitad encendidas y puras como el coral rosa, signo seguro de haber sido injertado por una mano maestra en el difícil arte de la floricultura.

Las camelias eran grandes, hermosísimas, frescas; sus apretadas hojas parecían de terciopelo rosado, ó bien de cera batida, agrupadas con el cuidado más exquisito.

El pomposo verdor de su ramaje ostentaba, como otras tantas suaves y abillantadas estrellas, ocho ó diez camelias, cada una de las cuales bien podría valer en aquel frío día de Marzo una moneda de oro de cien reales.

Pero, lejos de ser estimadas en lo que valían, aquellas preciosas flores no eran ni aun admiradas por nadie, y se abrían, vivían y morían sin

más testigos de su belleza que el aire del pequeño patio sobre el cual se abría la ventana que les servía de aposento.

Aquella maceta, ó mejor aquel jarrón, parecía allí una reina destronada y encerrada en un calabozo, bien que ostentando aún en las sienes su corona de oro, y en sus hombros el manto real.

En la otra ventana había un pobre tiesto de barro húmedo, fresco y encarnado, que parecía un esclavo suyo; era también grande y parecía nuevo, ó cuidado al menos con esmero sumo; ningún adorno tenía, y sólo en uno de sus costados veíase grabado este nombre con letras negras, que empezaban á borrarse á impulsos sin duda de la humedad: MELANIA.

Abrigábanse en el seno de aquella humilde maceta las robustas raíces de una colosal mata de albahaca, tan verde, tan pomposa, tan robusta, tan llena, en fin, de savia y de lozanía, que su aroma bastaba á perfumar toda la casa.

Era aquella planta de hojas anchas, lustrosas y aterciopeladas en su parte superior, que formaba un hermoso plumero; las guías inferiores eran de hojitas más pequeñas y más finas, pero numerosas ó más bien innumerables.

El olor que anunciaba la existencia de aquella planta, aquel olor humilde y grato á la vez, y á la vez penetrante y suave, embalsamaba la atmósfera desde que se entraba en el pequeño patio, corría por la escalera, y se difundía por todo el res-

to de la casa hasta las más elevadas é interiores habitaciones.

En cambio, para adivinar la existencia magnífica de aquel suntuoso nido de camelias, que no hubiera desdeñado para formar su *bouquet* una hermosa y joven reina, había que pasar por su lado, pues aquellas flores inodoras ninguna sensación agradable dejaban en pos de sí; su belleza era fría y helada, como su cáliz inanimado y mudo.

Desde la pequeña antesala, cuyo principal y único adorno eran las dos macetas que acabo de describir tan minuciosamente, y que estaban colocadas en el antepecho de la ventana, se pasaba á una salita pequeña y cuadrada, pero aseada y alegre. Esta pequeña sala tenía dos alcobas; en la una había un gran lecho matrimonial de remota fecha ocupado á la sazón por la madre de Bautista, viuda ya desde hacía muchos años; aquella cama era limpia, buena, y estaba mullida con sumo esmero; un grueso jergón y dos colchones, que no eran más delgados, cubiertos con excelentes sábanas de hilo, una buena manta de pelo largo y afelpado, y una colcha de percal rameado, componían su admirable volumen; sobre las blancas almohadas, con festoneadas guarniciones que le coronaban, se veía fija en la pared una cruz de madera negra, de tres cuartas de alta, con remates de hueso blanco, que sostenía un crucifijo, también de hueso, amarillento por la influencia de los tiempos.

Bajo esta imagen sagrada se cruzaban, sujetas al pie de la cruz, un ramito de palma bendita y otro de siemprevivas.

Más abajo de la cruz había una pililla de loza azul y blanca, que contenía agua bendita.

Á los pies se veía un gran armario de pino pintado de color obscuro, y al lado izquierdo del lecho, en el hueco que quedaba entre la cama y la pared, un arcón de encina oscura, ó más bien negra, uno de esos arcones del siglo pasado, y que aunque los usaban nuestros abuelos, eran propios más bien de las gentes artesanas.

Á la derecha del lecho había una mesita de noche, muy vieja ya y muy desbarnizada, pero conservada con cuidado y que atestiguaba los hábitos de pulcritud y decencia de la habitadora del dormitorio, que, como ya he dicho, era la madre del joven herrero Bautista.

La otra alcoba estaba ocupada por sus dos hijas Carlota y Lucía; una de estas niñas contaba doce años, y catorce la otra. Carlota, la mayor, era esbelta, algo morena, y tenía, como su hermano, negros los ojos y los cabellos.

Había en su cara algo de retozón intenso y espiritual que llamaba mucho la atención y que impresionaba agradablemente á los que la miraban.

Su estatura prometía ya ser alta. Llevaba un humilde vestido de indiana azul, un pañuelo de seda al cuello y un delantalillo de tafetán negro

muy usado ya, y que sin duda había sido cortado de algún vestido viejo.

Lucía hubiera podido pasar por una hija de Albión, aun dentro de los confines de aquel nebuloso reino; dos masas de cabellos rubios y sedosos se partían sobre una frente admirable por su nobleza y su tersura; tenía grandes ojos celestes que brillaban bajo dos cejas color de castaña y entre largas pestañas más oscuras que el cabello.

Era blanca y rosada, advirtiéndose en el satinado de su tez toda la frescura inocente de la infancia.

Las facciones de Lucía, móviles y delicadas, reflejaban todas sus sensaciones; no podía oír contar una acción generosa sin ponerse alternativamente pálida y encendida, y sin que sus ojos se llenasen de lágrimas; era más dulce, más risueña que su hermana; pero, en cambio, Carlota tenía más energía, más actividad, más valor, más decisión.

La señora Felipa adoraba á sus dos hijas, y su hijo Bautista idolatraba tanto, por lo menos, como su madre, á sus hermanitas; pero las niñas jamás se habían envanecido ni abusado de aquel extremado cariño, y jamás se ha podido imaginar criaturas más sumisas y cariñosas.

Las dos ganaban ya, según la expresión de las pobres gentes obreras, *el pan que comían*, y aun algo más, porque las dos comían como dos pajaritos; así es que ganaban también sus humildes

vestidos de indiana, sus pañolitos de seda y el traje de lanilla que usaban los domingos.

Carlota trabajaba en un lujoso almacén de calzado, en el cual ribeteaba, desde las seis de la mañana á las ocho de la noche, elegantes brodequines, cuya ímproba tarea la producía tres reales diarios.

Lucía estaba haciendo su aprendizaje con una florista francesa, y ganaba el mismo jornal por cortar las hojas de las flores que luego adornaban en los saraos los cabellos de las grandes señoras.

Lucía ganaba tres reales solamente, pues la francesa, tan avara como todas las de su nación, sacaba todo el partido posible de la pobre y hermosa niña española, ponderando después la habilidad y gracia de sus oficialas compatriotas.

Pero la índole de Lucía era tan suave, tan dulce, tan angelical, que aquella arpía no tenía poder para alterarla.

Era la primera que iba al taller, la que trabajaba con más asiduidad y la última que se retiraba.

Jamás se quejaba de las rudas tareas que la imponían; y si alguna vez una reconvención injusta la arrancaba lágrimas, presto una dulce sonrisa se mezclaba á su lloro, y decía para sí:

—¡Suframos, que al llegar á casa me abrazará mi madre!

La señora Felipa ponía los jornales de las dos niñas en una caja con llave, que luego colocaba en un rincón de su grande arca de encina; aquel

dinero, ganado por las manos de sus inocentes hijas, era para ella lo más sagrado que existía en el mundo.

En aquella caja entraban también otras muchas monedas. Felipa hacía calcetas y cosía lo que la permitía su vista cansada; y cada sábado por la noche, Bautista ponía en la mano de su madre treinta hermosas pesetas, y le decía:

—Madre, ahí va para la olla.

Antes de casarse, Bautista le daba á su madre cuanto ganaba; pero lo que ganaba era muy poco más, y aquello poco lo guardaba Gertrudis para vestirse ambos.

Bautista contaba para la manutención á peseta por estómago, que aunque separadas eran poco, reunidas formaban una suma regular; la madre, el matrimonio y las dos niñas reunían al cabo de la semana treinta pesetas.

El primer sábado que después de casado entregó el herrero á su madre la suma antedicha, la buena Felipa le miró atónita.

—¡Cómo!—dijo.—¿No gobernará ahora Gertrudis?

—¿Para qué hemos de cambiar de gobernadora, siendo tan buena la que hay?—preguntó sonriendo la joven.

—Sin embargo, hija mía, tú eres el ama de todo.

—Mientras usted viva, madre mía, no hay más ama que usted.

—Pero, ¿qué dirá tu madre, hija, viviendo con nosotros, y gobernando yo y ella no?

—¿Qué ha de decir? Yo pienso que se alegrará, porque así estará más descansada; pero si vemos que lo toma á mal, se puede hacer otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Llevarán ustedes el gobierno una semana cada una.

—¡Eso es lo mejor!—gritó la buena Felipa dando palmadas;—sí, una semana cada una. No quisiera ofender por nada del mundo á tu buena madre, que hace veinticinco años es mi mejor amiga.

El arreglo quedó hecho por entonces; pero aún se suscitaron nuevas cuestiones.

Felipa miró el dinero que le había dado su hijo, lo contó con gesto de asombro, y tomando doce pesetas las devolvió á Bautista.

—¿Qué es esto?—preguntó el joven.

—¿Qué ha de ser? Que me pagas el alimento de las niñas, y eso no es justo.

—¿Cómo que no es justo?

—¡Como que no lo es! ¡No faltaba más sino que ahora que te has casado, sigieras con los mismos cargos!

—Pero, madre mía...

—¡Nada, nada! Las dos niñas ganan para ellas.

—Madre mía—respondió Bautista separando suavemente la mano en que la anciana le alargaba las monedas;—madre, lo que ganan las niñas quiero yo que se lo guarden para ellas; bastante

siento el no poderles dar además un buen dote el día que se casen.

—¡Pero, hijo, tú tienes tu mujer! Un hombre casado no es como un muchacho soltero.

—Á Dios gracias, madre mía, tengo aún buena salud y buen ánimo para mantener á todos. Está dicho: quiero mantener á las niñas, y además cuidado con que las deje usted carecer, por no pedir dinero, de la ropa que necesiten; cuando hay urgencias se toman tres ó cuatro horas del sueño, y todo se remedia.

Así quedaron las cosas.

Además de las treinta pesetas que recibía de su hijo, el dorador, padre de Gertrudis, cada semana le daba á Felipa diez y ocho más; el honrado anciano pagaba seis reales por él y seis por su mujer, y vivían todos en familia.

De este modo, cada sábado reunía la señora Felipa nueve duros y tres pesetas, sólo para comer, pues el alquiler de la casa lo pagaban mitad Bautista, y otra mitad el tío Pedro el dorador.

Las niñas se vestían de sus jornales; y de cuando en cuando, Gertrudis, que cosía y bordaba para una tienda de lujo, ponía una pieza de veinte reales en la mano de su suegra y le decía:

—Esto para ayuda de un vestido de las niñas.

Era de ver la paz octaviana, la admirable armonía de aquella honrada y numerosa familia; cada uno atendía á su deber, y todos estaban contentos y satisfechos.

Al anoecer, salía la señora Felipa, después de dejar hecha su cena, á buscar á sus hijas.

Las dos niñas eran los últimos frutos de su matrimonio, y las amaba como al encanto de su vejez, como á dos preciosas flores que Dios le había enviado para consolar su viudez y embalsamar su ancianidad.

Cuando salía de su casa, pasaba por el almacén de calzado y recogía á Carlota; luego se iba con ella á buscar á Lucía á casa de la florista.

Cuando llegaban, dejaba Gertrudis su bordado, el señor Pedro sus dorados, Bautista su fragua, y la señora Felipa salía con la cena, que colocaba sobre la mesa, cubierta con un blanco mantel.

Cuando la señora Felipa estaba *de semana*, era la señora Nicolasa la que iba en busca de las niñas, á las que amaba como si también fueran hijas suyas.

Algunas tardes en que la laboriosa Gertrudis concluía su tarea más pronto de lo que pensaba, quería ir ella á recoger las niñas; pero las dos ancianas se echaban á reír y la decían:

—¡Vaya un aya respetable! ¿Sabes, hija, que tú necesitas más compañía que ellas?

—¿Yo?... ¿Por qué?

—Porque tú eres una hermosa muchacha, y ellas son sólo dos lindas chiquillas; cuando te quieras pasear vete con tu marido.

Pero volvamos á la descripción de la casa, que he olvidado hace algún tiempo para ocuparme en

pintar los delicados tipos y el tranquilo bienestar de aquella familia, ó más bien, de aquellas dos familias.

En la otra alcoba de la sala, ocupada por la madre de Bautista, dormían Carlota y Lucía en dos camitas de tijera, limpias é iguales, vestidas, como la de su madre, de blanco lienzo, y colchas azules con rayas color naranja.

Dentro de aquella salita había otra que tenía una alcoba sola, ocupada por Bautista y su esposa, y más adentro otra algo mayor y con alcoba también, donde dormían el señor Pedro y su mujer.

Enfrente de la alcoba de aquel aposento había una pequeña puerta, cubierta con una espesa cortina de lana, que llevaba á la habitación de Melania.

Al levantar aquel tapiz, al abrir aquella puerta, sentí una grata impresión de plácido bienestar.

Era una habitación lindísima, de regulares dimensiones, y adornada y preparada sin duda alguna por una mano cariñosa é inteligente.

En vez de papel cubría las paredes una tela de lana y seda gris claro, con lunarcitos color de rosa.

Cortinas de seda rosa y muselina blanca caían delante de la ventana y de la puerta por su parte interior; la sillería era de limonero con tapicería de raso color rosa.

Todo el frontis de la puerta estaba ocupado por

cinco delgadas columnas, cerradas entre sí por cortinas de seda rosa.

Tres daban paso á la alcoba; dos al gabinete tocador.

En la alcoba había un pequeño lecho de acero y bronce, con colgaduras de muselina blanca sujetas con cinta rosa cogida en grandes lazos; un reclinatorio coronado por un crucifijo, y una cómoda antigua.

En el gabinete tocador se veía un pequeño ropero con puerta de espejo, un lavabo de mármol y caoba, una mesa de tocador con colgaduras de muselina, y algunas sillas ligeras, con más un sillón con asiento de cerda oscuro delante de la mesa de peinar.

Cuando yo entré, estaba Melania sentada inmediata á la ventana, y leía en un libro devoto, único que podía convenir á aquella alma triste y melancólica.

La hallé mucho más bella que lo que me había parecido el día que la divisé en su balcón, bien fuese que hubiera mejorado, bien que la mayor tranquilidad de su alma reflejase cierto encanto apacible en sus facciones.

Siempre estaba muy pálida; siempre se veía una tristeza profunda é incurable grabada sobre su frente; pero sus hermosos cabellos negros estaban recogidos en gruesas y bruñidas trenzas, prendidas con extrema sencillez, pero también con extrema gracia.

Tenía puesto un traje gris de lana dulce y un cuello de tul bordado; por debajo de los pliegues de su vestido salían sus piececitos, calzados con botines de satén negro.

Al verme entrar se levantó con finura y cortesía.

—Pido á usted perdón, señorita—la dije,—si indiscretamente vengo á incomodarla. Gertrudis ha querido enseñarme toda la casa, y yo ignoraba que se hallase usted en ella.

—Gertrudis entra aquí siempre que quiere—me respondió Melania con una voz dulce y armoniosa;—y usted, señora, muy lejos de incomodarme, me hace sumo favor en venir á mi cuarto.

Dichas estas palabras me ofreció su propio asiento, que era un silloncito elegante y guarnecido de flecos y borlas.

Entonces pude verla mejor, y contemplar la deformidad de su figura, que, á la verdad, tenía más de triste que de repugnante; porque lo que es antipático, nace más bien de los malos instintos del carácter que de los defectos físicos.

No hay ninguna persona que siendo buena parezca desagradable, por muy desfavorecida que la haya hecho la Naturaleza, porque la bondad del alma se refleja en el cuerpo con una hermosa y plácida luz.

Durante algunos minutos permanecí al lado de Melania de Castelblanco. Había en su lenguaje y en sus maneras algo de la indolencia y de la gra-

cia americana; pensaba y sentía con viveza; pero aún quedaba en ella, de sus pasados dolores, una como timidez dolorosa, melancólica y desconfiada.

Temiendo ser importuna, y comprendiendo que aquella primera visita no podía prolongarse, la dejé en breve. Con frases del mejor tono me ofreció su casa, y me dijo que vendría á verme.

En efecto, algunos días después me cumplió su palabra, y tres meses habían pasado apenas, cuando ya nos unía una íntima y tierna amistad.

Una apacible tarde de primavera, en que nos hallábamos sentadas junto á la ventana de su cuarto, que caía al jardinillo de los alisos, del que hablé al principio de esta narración, me pareció Melania más melancólica y más pensativa que de costumbre.

Las dos habíamos estado bordando desde hacía largo rato; mas al desaparecer el sol tras de las altas tapias del jardinillo, Melania dejó caer su tapicería sobre las rodillas, elevó al cielo sus grandes ojos negros con una ternura infinita, y murmuró á media voz:

—¡Dios mío, es una ofensa á tu bondad el que yo me queje, cuando soy tan feliz!

Al decir estas palabras, rodó una ancha lágrima por su mejilla.

—¿Qué es eso, amiga mía?—la pregunté;—¿qué tristes pensamientos te hacen sufrir?

—¡Ay!—me respondió, bajando sus ojos del cielo para fijarlos en los dolores de la tierra;—

¡ay! Tengo recuerdos bien dolorosos y momentos de amarga tristeza: mis padres, que no se acuerdan de mí; mi hermana, que se ha olvidado de que existo; mi hermano, que lleva en tierra extranjera una vida de disipación y de lujo, en tanto que yo vivo, ó más bien vegeto, como me ha sucedido toda mi vida, en una medianía tan cercana á la pobreza. Todo esto, amiga mía, ¿no son motivos bastantes para que yo sufra y pase muchas horas entregada al llanto?

—Pero esta buena familia que tanto te quiere, ¿no basta para consolarte?

—Algunas veces no—me respondió la pobre joven con desaliento;—sus ideas, sus costumbres, su educación no son las mías. Aquí he vegetado muchos meses, pero no he vivido; y si la bondad de Dios no me hubiera concedido tu afecto y tu amistad, quizá, ó más bien seguramente, hubiera muerto.

—Ésta no te faltará nunca—la dije abrazándola.—Pero—añadí,—¿por qué esa indiferencia de parte de tu familia? ¿Qué has hecho tú á tus padres y á tus hermanos, pobre Melania?

—¿Qué he hecho? En primer lugar, costar la vida á mi madre.

—¿Cómo!... ¿Pues no la tienes?

—No. Murió al darme á luz, y ésta fué mi primera desgracia, que nació conmigo.

—Pero, ¿y esa señora, tan bella aún, tan lujosa?...

—Es la segunda esposa de mi padre. Para éste era sobrado delito el haberle robado una esposa á quien adoraba, y tenía además el de ser fea y contrahecha, lo que también me robó el afecto y las simpatías de mis hermanos. Es una historia muy dolorosa, pero que voy á referirte. Escucha.

Melania se recogió durante algunos momentos; en tanto que estaba así, como replegada en sí misma, leía yo en su semblante lo doloroso de sus recuerdos. Después de un breve rato, cruzó las dos manos sobre las rodillas con una actitud llena de modestia decente y cándida, que la era peculiar, y me habló de esta suerte.

V

«—Voy á cumplir veinte años dentro de dos meses, y durante este largo período puedo contar sólo trece meses, si no de dicha, al menos de tranquilidad: estos trece meses son los que hace me refugié al lado de esta buena familia.

»Mi padre era ya rico cuando casó con una señorita pobre, pero de una familia distinguida, y distinguida ella misma por su esmerada educación y por su mucho talento.

»No era muy bella, según dicen, pero en cambio poseía esa gracia exquisita y perfecta que no se aprende ni se adquiere, porque es como un dote que Dios concede á algunas criaturas privilegiadas, cuyo número es siempre muy reducido.

»Todo en mi madre era, según aseguran, noble, atractivo, agradable; y Laura salió agraciada con todas las perfecciones que brillaban en ella, y al mismo tiempo con la belleza verdaderamente notable de mi padre.

»Es verdad que en vez de la angelical suavidad de aquella que nos llevó en su seno, fué dotada también con el carácter duro, violento é inflexible

de nuestro padre; pero estos defectos, ó se ocultan bajo el velo de la niñez, ó, aunque se descubran, es siempre, durante los primeros años, de una manera muy ligera é imperfecta.

»No creas que es una acusación injusta la que formulo contra mi padre al hablar de la dureza de su carácter; sólo estando dotado tan funestamente, pudiera haberme conservado tan profunda é inalterable aversión por una desgracia de que fué la causa inocente.»

Los ojos de Melania se arrasaron de lágrimas al llegar á esta parte de su narración; dejéla yo algunos instantes para que recobrase alguna tranquilidad, y luego prosiguió:

«—Humberto fué el primer hijo que nació de aquel matrimonio, tan feliz como podía serlo, atendido el carácter brusco y dominante de mi padre, y la suavidad angelical de su esposa; pero cuando he hablado de felicidad, he dicho mal: en aquella unión no había más que paz, y ésta se conquistaba por una abnegación profunda, constante y silenciosa de parte de mi pobre madre: eran el huracán que azotaba y la caña flexible que se doblegaba siempre. Sin embargo, mi padre amaba con pasión á aquella esposa dócil, sumisa, tierna y hermosa; á aquella compañera amante, previsora, que sufría sus arranques, prevenía sus deseos y derramaba sobre su casa los encantos de su poético carácter.

»Naturalmente intolerante, tenía pocas simp-

tías; sólo gustaba de su mujer y de su hijo; sólo al lado de éstos hallaba encantos y bienestar.

»Cuando nació Laura se sintió más feliz, porque se presentó á sus ojos hermosa como una estrella; púsole este nombre por ser también el de mi madre, y el cielo de las Antillas reflejó todos sus encantos sobre la frente de mi bella hermana.

»Ya contaba ésta dos años, cuando un día, asistiendo mis padres al teatro, ocupó un sillón situado bajo su palco, un jorobado horriblemente feo; aquel hombre clavó osadamente sus ojos en el gracioso y suave semblante de mi madre, y ésta, al separar sus ojos de la escena, los fijó casualmente en la monstruosa figura del hombre del sillón.

»Sobrecogióla un terror mortal, y sintió dentro de sí misma un estremecimiento terrible; pero el jorobado contestó con una risa insultante y sarcástica á aquel ademán de repulsión y de susto.

»—Amigo mío, retirémonos—dijo mi madre á su esposo:—me siento mal.

»—¡Bah!... ¡Niñerías! ¿Quieres privarme de lo mejor del drama? ¡Parece que te has propuesto contrariarme en todos mis gustos!

»Mi madre calló, según su costumbre, y separó sus ojos del terrible jorobado; pero los ojos de aquel ser informe la perseguían sin cesar. Después me ha contado aquella escena mi nodriza, á quien mi madre se la había referido á su vez, y á pesar

de ser yo aún muy niña, temblaba de frío y de emoción.

»Dejaron, por fin, el teatro al terminarse la función, y mi madre, que se hallaba ya en los últimos días de su embarazo, me dió á luz al siguiente entre terribles dolores.

»Sus impresiones en aquella noche funesta fueron tan fuertes, que nació deforme, y ella murió seis horas después de darme la vida.

»La desesperación de mi padre fué inmensa, y se expresó de un modo tan violento como su carácter: me han contado, ¡y ojalá me lo hubieran dejado ignorar!, que me tomó de mi cuna y quiso matarme, arrojándome contra la pared, porque me acusaba de la muerte de mi madre; pero uno de los amigos que le acompañaban me arrebató á sus manos, y mandó que me sacaran de la presencia de mi padre.

»No volví yo á ella hasta pasado mucho tiempo; vivía en la habitación de mi nodriza, y sólo á ella veía, porque mis hermanos eran pequeños y ni siquiera me habían visto una sola vez.

»Ya tenía yo cinco años cuando mi nodriza, pobre mujer que al verme tan abandonada de todos lloraba de pena, probó á llevarme al cuarto de mi padre. ¡Toda mi vida recordaré con terror aquella escena!

»Mi padre trabajaba sentado á su bufete: escribía rápidamente en una hoja de papel, cuando la puerta se abrió haciendo un poco de ruido.

»Alzó la cabeza y nos vió en el marco de la puerta á mi nodriza y á mí.

»Á mi nodriza, pobre mujer ya vieja, pues nadie se había cuidado de buscar en la que me diera el primer alimento las condiciones necesarias de juventud y de frescura.

»A mí, desgraciada y deforme criatura, que á la edad de cinco años apenas aparentaba tres.

»Mi padre levantó, como digo, la cabeza; fijó sobre nosotras una mirada de irritado asombro, y preguntó duramente:

»—¿Qué hay?

»—Señor—respondió la pobre Casilda con acento balbuciente,—he traído á la niña, y...

»—¡Ya lo veo! ¿Y qué?

»—¡Ella quería ver á usted!

»—Ya me ha visto, pues; puede usted volvérsela á llevar.

»Y mi padre, que no me había mirado aún, volvió á inclinarse sobre su trabajo.

»Casilda no se movió; después de algunos instantes volvió mi padre á levantar la cabeza; fijó una mirada terrible sobre la nodriza, y exclamó:

»—¿Aún está usted aquí?

»—Es que, querido señor—se atrevió á decir Casilda,—yo quería decir á usted que...

»—Vamos, ¿qué?

»—Que... ¡Válgame Dios, si no me atrevo!

»Mi padre, lleno de impaciencia, hirió el suelo con su pie.